

EL DE LAPIDIBUS DE SAN EPIFANIO EN PEDRO DE VALENCIA: INTERÉS EXEGÉTICO Y CIENTÍFICO

JESÚS-M^a NIETO IBÁÑEZ

ADemás de por sus tratados antiheréticos, como el *Panarion* y el *Ancoratus*, San Epifanio (310-403), el obispo de Constantina en Chipre, es conocido por sus obras exegéticas y de arqueología bíblica. Entre ellas figuran dos escritos sobre los que la autenticidad de su autoría ofrece pocas dudas¹, uno *Sobre las medidas y pesos* (*De mensuris et ponderibus*) y otro *Sobre las doce piedras* (*De gemmis* o *De lapidibus*). El primero, del que se conservan veinticuatro capítulos en griego² y sesenta en siríaco³, trata del canon y de las versiones del Antiguo Testamento, de la geografía de Palestina y de los diferentes pesos. Del segundo, *Sobre las doce piedras*, que será el objeto de este trabajo, tenemos dos recensiones breves en griego y otra, bastante más extensa, en latín compuesta en el siglo IV o V⁴. Junto a ella hay una serie de versiones, también breves y fragmentarias, en armenio, copto y etiópico, además de otra georgiana más extensa.

¹ También se atribuyen a Epifanio otros escritos exegéticos, aunque su autenticidad tiene varios puntos de discusión; O. Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur* III, München 1912, pp. 301-302.

² PG 43, col. 237-293.

³ P. Lagarde, *Symmicta*, vol. II, Göttingen 1880, pp. 148-216, y J. E. Dean, *Epiphanius Treatise on weights and measures, the Syriac version*, Chicago 1935.

⁴ PG 43, 321-366; edición de O. Günther, CSEL 35, 1898, p. 743-773. Existe una versión latina publicada por primera vez, con una serie de notas, por Fr. Foggini en Roma en 1743, *S. Epiphanius Salaminis in Cypro episcopi, de XII Gemmis rationalis summi sacerdotis hebraeorum liber ad Diodorum*. Migne reproduce este texto, PG 43, cols. 322-366.

Los dos temas bíblicos han sido de interés para nuestros humanistas, en especial para Arias Montano, que en el tomo VIII de la Biblia Regia incluye los tratados *Thubal-Cain. Sive de mensuris sacris* y el *Aaron, sive sanctorum vestimentorum et ornatos descriptio*, aunque no cite para nada a San Epifanio, con quien parecen coincidir gran parte de sus descripciones. Además, en el *Aaron* añade Arias Montano lo siguiente: *Illarum vero gemmarum certissimam rationem non omnium exacte definire possumus; quantum vero studio ac diligentia hactenus reperire potuimus, breviter exponemus*. Para el exégeta Frexnense estas piedras que llevaba el sumo sacerdote Aarón, cargadas de un importante valor simbólico, son un misterio. Es posible, por tanto, que en este contexto Pedro de Valencia quisiera contribuir a la solución de este misterio con su traducción del opúsculo de San Epifanio, del mismo modo que la versión del *De igne* de Teofrasto iba destinada a explicar el fuego de Aarón.

El *Lapidario* de San Epifanio supera la exégesis y la simple mineralogía, pues es el resultado del sincretismo entre la doctrina cristiana y la tradición naturalística judeocristiana con la mineralogía griega y latina, en la línea de la obra que fue hasta el siglo XIII el libro de historia natural más popular, como es el *Fisiólogo*, atribuido también a San Epifanio de Chipre, además de a otros nombres famosos, como el de Salomón, San Basilio, San Gregorio de Nacianzo, San Jerónimo o San Juan Crisóstomo. El interés renacentista por este tipo de manuales pseudocientíficos sobre plantas, animales y piedras, que siguen el espíritu medieval de los bestiarios, es notable, como lo demuestra, por ejemplo, la traducción de una de las compilaciones griegas del *Fisiólogo* al latín por Gonzalo Ponce de León en Roma en 1587 y en 1601⁵

El tratado *De lapidibus* se centra en la descripción de las cualidades y poderes de diversas piedras, pero no de cualquier piedra, sino de las doce gemas preciosas que llevaba el sumo sacerdote Aarón. Las magníficas vestiduras que el sumo sacerdote portaba en el ejercicio de sus funciones sagradas es algo que se destaca en las fuentes bíblicas⁶. Por una parte, continúa la tradición de las numerosas compilaciones de lapidarios, que, aunque su origen es oriental, en Grecia se manifiesta en diversos escritos mineralógicos. Por otra parte, en San Epifanio hay que contar con la tradición judeocristiana: en el *Éxodo* (28, 15) se menciona el hecho de que el pectoral del Sumo Sacerdote estaba adornado con doce piedras preciosas, que pueden corresponder a las doce tribus de Israel o a los signos del Zodíaco. En el fondo enlaza con la creencia caldea y egipcia en las virtudes mágicas de las piedras, más aún, con la primitiva y universal creencia de que la potencia oculta de un objeto puede transmitirse a su portador.

⁵ Hay ediciones posteriores en París y Amberes; en Madrid apareció en cinco tomos en 1806.

⁶ Solamente el día de la Expiación el sacerdote iba revestido de una sencilla túnica blanca; cfr. Aristeas 96-99; Filón, *De Vita Mos.* II 23 (109-26; 135), *De Spec. Leg.* I 16 (82), 17 (97); Yom. 7, 5; Hier, *Epist.* LXIV 10-18.



Sumo Sacerdote Aarón
Apparatus, Biblia Políglota, Amberes 1572.

LA TRADUCCIÓN DEL *DE LAPIDIBUS* POR PEDRO DE VALENCIA

En el manuscrito 5585 de la Biblioteca Nacional de Madrid, compuesto de 200 folios y con letras de los siglos XVI y XVII, se contiene entre otros escritos de Pedro de Valencia una traducción latina del Lapidario de San Epifanio de Chipre, ff. 195v-192r, situado después del la *Ad B. Ariam Montanum Mar... ode saphica* (f. 191) y antes del *Francisci Lucae Burgensis scriptum in quo dissolvuntur argumenta erudite quibus secundus tomus...* (ff. 196-200)⁷. La numeración es inversa porque los folios de este Lapidario están cosidos al revés, desde el final del tomo hacia atrás. Los folios de éste y de los otros escritos del manuscrito, que alcanza el número de

⁷ *Inventario General de Manuscritos de la Biblioteca Nacional*, Madrid 1984, vol. X, pp. 417-418.

doscientos, están muy deteriorados, especialmente en los ángulos de las hojas, haciendo imposible la lectura en esas zonas. M. Serrano y Sanz al describir este manuscrito no señala esta traducción ni tampoco otros nueve escritos de Pedro de Valencia contenidos en el manuscrito 5585⁸.

No tenemos seguridad del texto griego que ha podido utilizar nuestro humanista para realizar su versión. Los códices griegos conservados en la Biblioteca Nacional de Madrid y en El Escorial no contienen la versión que pueda coincidir con la traducción de nuestro humanista⁹. Sí, en cambio, hay una gran coincidencia con la única edición impresa en la época, la de Konrad Gesner, Zürich 1565, acompañada de la traducción latina de Hierotarantino¹⁰, Τοῦ ἐν ἀγίοις πατρὸς ἡμῶν Ἐπιφάνιου Ἐπισκόπου Κύπρου πρὸς Διόδωρον ἐπίσκοπον Τυροῦ περὶ τῶν ἰβ' λίθων τῶν ὄντων ἐν τοῖς στολισμοῖς τοῦ Ἀαρὼν βιβλίον¹¹, *Sancti Patris Epiphani Episcopi Cypri Diodorum Tyri episcopum, De XII Gemmis, quae erant in veste Aaronis, Liber Graecus, et e regione Latinus, Iola Hierotarantino interprete, cum Corollario Conrado Gesneri*.

El estado material del manuscrito no permite esbozar un juicio muy preciso sobre el resultado de la traducción. Además, el manuscrito no presenta indicaciones marginales, ni correcciones, como tachaduras, adiciones, sobrescritos, transposiciones, inserciones, suplecciones, etc. que puedan darnos idea de la técnica traductora de Pedro de Valencia, como ocurre en otros casos. Sin estos detalles y sin saber si el texto que nos ha llegado está a falta de una última mano o si es ya la versión definitiva las observaciones que podemos hacer son muy generales. Aunque sus versiones siguen de cerca el texto griego o latino en cuestión, hay una serie de libertades que el autor se permite al tratar el original dentro del particular contexto humanista del siglo XVI, como omisiones, ampliaciones, reducciones, cambios sintácticos y modificaciones léxicas que se realizan sobre el texto base. La conclusión más clara al respecto apunta a que en este escrito de San Epifanio el humanista zafrense busca también la fidelidad y la claridad, que parecen presidir otras de sus versiones¹².

⁸ *Pedro de Valencia. Estudio biográfico-crítico*, Badajoz 1981, pp. 78-83.

⁹ J. M. Nieto Ibáñez, "A Greek Epitome on Saint Epiphanius' *De Gemmis* in two Spanish Libraries (National Library and El Escorial), *Le Muséon* 120 (2007) 77-89.

¹⁰ Además de esta edición independiente este autor incluye también el texto, como sexta parte, dentro de su obra *De omni rerum fossilium genere...*, Tiguri 1565-1566.

¹¹ Edición consultada, Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense, Sig. BH MED 84 Parte 6.

¹² Por ejemplo en el caso de San Macario, "... la versión de santo Macario procuro que se fiel y clara..."; Carta de Pedro de Valencia al Padre Sigüenza, 22 de marzo de 1604; cfr. G. Antolín, "Cartas inéditas de Pedro de Valencia al P. José de Sigüenza", *La Ciudad de Dios* 42 (1897) 296.

El *Tratado sobre las doce piedras* fue compuesto por Epifanio al final de su vida, en torno al 394¹³, para un obispo llamado Diodoro, seguramente Diodoro de Tiro. El texto completo fue conocido por Jerónimo, Procopio de Gaza, Facundo Hermianense y Anastasio Sinaíta, pero después del año 700 no hay testimonios del conocimiento del texto griego completo¹⁴. En un momento cronológico impreciso y de la mano de un autor anónimo se compone un epítome griego, centrado casi exclusivamente en la descripción de la apariencia y de las propiedades de las piedras. Un extracto aún más breve fue realizado por Anastasio Sinaíta, que también añadió un resumen de lo relativo a las tribus de Israel. La versión latina es la más precisa, después la armenia, mientras que la copta y la georgiana se sitúan después.

Del texto griego original sólo nos han llegado dos epítomes de la parte dedicada a la descripción de las piedras. El original parece haber tenido el título Ἐπιφανίου ἐπισκόπου Κύπρου πρὸς Διόδωρον ἐπίσκοπον Τύρου περὶ τῶν ἱβ' λίθων ἐν τοῖς στολισμοῖς τοῦ Ἁαρῶν βιβλίον, aunque por la referencia de San Jerónimo, de la versión latina y de la georgiana se le conoce por el título abreviado de Περὶ τῶν λίθων, *De gemmis*¹⁵. Esta epítome, en la que se basa la traducción de Pedro de Valencia que ahora estudiamos, fue publicada por primera vez en 1585 por Conrad Gesner, mientras que la segunda forma parte de la obra de Anastasio Sinaíta¹⁶. En ediciones posteriores se reproduce aquel texto con mínimas variantes, desde Dindorf¹⁷ hasta F. de Mély y Ch. E. Ruelle¹⁸.

La segunda epítome, aún más breve, Τοῦ ἁγίου Ἐπιφανίου περὶ τῶν ἐν τῷ λογίῳ τοῦ ἱερέως ἐμπεπηγμένων ἱβ' λίθων, está incluida en la obra de Anastasio Sinaíta, Ἐρωτήσις καὶ ἀποκρίσεις περὶ διαφόρων κεφαλαίων ἐκ διαφόρων προσώπων (*Quaestiones* XL y XLV¹⁹), si bien se halla de forma separada en diferentes manuscritos. J. Gretser la publicó por primera vez en Ingolstadt en 1617²⁰.

¹³ Jerónimo dice que Epifanio le ha dado una copia del trabajo, un pasaje del cual cita en su *Comentario sobre Isaías*; *cf. Comm. In Ezech. 19, 28 ss (PL 25, col. 271 C)*.

¹⁴ Blake, *Epiphanius De Gemmis. The old Georgian version and the fragments of the Armenian version, and The Coptic-Sahidic fragments*, by H. de Vis, London 1934, p. CXXI.

¹⁵ Por su parte Anastasio Sinaíta y Facundo Harmianensis consideran el texto como una carta titulada Πρὸς Διόδωρον.

¹⁶ La segunda versión es recogida por Anastasio Sinaíta con el título Ἐρωτήσις καὶ ἀποκρίσεις περὶ διαφόρων κεφαλαίων ἐκ διαφόρων προσώπων (*Quaestiones* XL y XLVI), si bien se halla de forma separada en manuscrito. J. Gretser lo publicó por primera vez en Ingolstadt en 1617. Migne reproduce el texto (PG 79, cols. 311 ff).

¹⁷ *Opera Epiphani, Leipzig 1861*.

¹⁸ Vol. II, pp. 193 ss.

¹⁹ En la *Quaestio* XLV se añade un resumen de lo relativo al monte Garizim y Ebal, que aparece en otras versiones.

²⁰ Migne reproduce este texto en su *Patrologia Graeca* 89, cols. 587-590.

Esta segunda versión es independiente de la primera, según puede verse del cotejo con la versión latina²¹.

La fecha de la composición de la versión latina es una incógnita²², si bien puede situarse a caballo entre el siglo IV y el V. Este texto latino es publicado por primera vez, con una serie de notas, por Fr. Foggini en Roma en 1743, *S. Epiphanií Salaminis in Cypro episcopi, de XII Gemmis rationalis summi sacerdotis hebraeorum liber ad Diodorum*. Migne reproduce el texto, PG 43, cols. 322-366. La edición de Dindorf (*Opera Epiphanií*, Lipsiae 1861, IV. 1, p. 169-223) repite la de Foggini²³.

Dado que los epítomes griegos son muy breves, la comparación entre las diversas versiones nos pueden dar idea de cómo era la totalidad del tratado. Los extractos presentan no sólo diferencias verbales, sino que añaden y desarrollan determinadas partes sobre otras. Mientras que la versión armenia es incompleta y el copto fragmentario, el texto latino y el georgiano, que son los más extensos, permiten establecer las siguientes partes: Epístola introductoria, propiedades de las piedras, interpretación alegórica de las piedras, varias clasificaciones de las tribus de Israel y, finalmente, la identificación del monte Garizim y Ebal. La versión griega no contiene la interpretación alegórica ni referencias al monte Garizim, además de abreviar considerablemente los otros apartados. En georgiano, copto y armenio tenemos la interpretación alegórica de las piedras, que está ausente en latín y en griego, mientras que la discusión sobre los diferentes tipos de clasificación de las tribus está en latín y copto, pero no en georgiano ni en griego.

TRADICIÓN MINERALÓGICA GRECOLATINA. INTERÉS CIENTÍFICO

Además del relato simbólico y alegórico, lo más importante de este escrito es el catálogo mineralógico con su exposición de las virtudes de las piedras, que demuestra un conocimiento científico mayor que el de otros testimonios patristicos. El tratado, más que una exégesis alegórica, como las que podemos leer en

²¹ R. P. Blake señala las siguientes diferencias fundamentales entre ambas recensiones: omite la totalidad de los diferentes tipos de gemas, omite también el énfasis en la potencia de las piedras, y el lenguaje es diferente. *Op. cit.*, p. XV.

²² Algunos autores posteriores hacen unos de algunos de los pasajes de esta versión: Jerónimo reproduce una parte de la descripción del jaspé en su *Comentario sobre Isaías* (lib. XV, in cap. 54, PL 24, cols. 525A- B). Facundo Hermianensis, autor africano del siglo VI, también lo cita en su polémico trabajo contra Justiniano, *Tria Capitula* (PL 67, cols. 617 C ss.).

²³ En el *Corpus Ecclesiasticorum Latinorum* O. Günther es el autor de una edición crítica moderna, *Epistulae imperatorum pontificum aliorum inde ab a. CCCLXVII usque ad a. DLIII datae Avellana quae dicitur collectio ex recensione Ottonis Gventher*, Pars I-II, Vindobonae 1895, 1898, pp. 743-773.

Clemente de Alejandría y Basilio de Cesarea, intenta presentar de un modo pseudocientífico una descripción de las piedras y sus propiedades.

Los conocimientos sobre mineralogía son importantes en este autor patristico, pues hace, en casos, referencia a fisiólogos anteriores. San Epifanio se inserta en una larga y consolidada tradición lapidaria, que se inicia ya con Aristóteles²⁴. No obstante, la selección de las doce o trece piedras es menor que la que podemos encontrar en Teofrasto o en el PseudoDioscórides. De la larga serie de ochocientos veintisiete elementos de este último, entre los que hay noventa piedras, sólo el zafiro (cap. 139) y el jaspé (cap. 142) coinciden con la selección mineralógica de San Epifanio.

De las doce gemas de San Epifanio sólo hay tres que no son ni mencionadas por Teofrasto, el topacio, el berilo y la crisolita. El autor se detiene principalmente en la esmeralda (IV 23-28), el lungurium (V 28-32) y el antrax (III 18), si bien en la descripción de estas piedras para hacer comparaciones menciona en varios lugares el zafiro (I 8, IV 23, VI 33), el diamante (III 18), el jaspé (IV 23, VI 33), la amatista (V 28) y el sardio (III 18, IV 23)²⁵. Por su parte, en el *Lapidario órfico* están también incluidos el jaspé (268), el topacio (280), el ópalo (282) y el ágata (610-645). En este caso no hay apenas descripción de las piedras, sino de sus propiedades mágicas, como el jaspé para atraer la lluvia y dar alegría, el ópalo para proteger los ojos, y el ágata, que sirve para la picadura de escorpión, para que un hombre sea deseable a una mujer y para curar enfermedades.

Donde sí encontramos la totalidad de gemas citadas por el Santo de Chipre es en la *Historia natural* de Plinio, cuyos cinco últimos libros están dedicados a los elementos naturales extraídos del subsuelo. Plinio tuvo el mérito de servir de transmisor de la mineralogía antigua a lo largo de toda la Edad Media y el Renacimiento, en la mayoría de los casos a través de epítomes, resúmenes y copias existentes en las bibliotecas monásticas y en ocasiones a través de otros autores inspirados en él. En concreto el libro XXXVII tiene como temática exclusiva las piedras preciosas y las gemas. Describe estas gemas de acuerdo con su color²⁶ y seguidamente presenta una relación alfabética, desde el ágata hasta la *zoraniscaea*²⁷. En la descripción de las piedras preciosas Plinio tiene en cuenta su etimología, sus lugares de procedencia, el origen de su naturaleza y de sus tipos, características, propiedades medicinales, precios y usos ornamentales y mágicos, así como las virtudes medicinales y

²⁴ Met. III 378 a ss.

²⁵ Hay noticia de otros escritos de Teofrasto sobre cuestiones relacionadas con esta temática (D. L. 42 y 49). Por otra parte hay que poner en relación varias de las teorías mineralógicas de este tratado con los *Meteorológicos* de Aristóteles (III 378 y ss).

²⁶ 91-138.

²⁷ 139-185.

terapéuticas. No obstante, a pesar de esta intensa tradición en las piedras coincidentes la comparación entre las descripciones de PseudoDioscórides, Teofrasto, el *Lapidario órfico*, Plinio y San Epifanio no muestra apenas coincidencias que puedan señalar una dependencia clara, sino que más bien el autor chipriota ha sabido ser original a partir de diversas fuentes y tradiciones.

A pesar de la intención científica, los lapidarios griegos y latinos no pueden escapar a esa mezcla de procedimientos medicinales y creencias mágicas y religiosas²⁸. Por ello no debe extrañar en absoluto que San Epifanio, que tiene el mérito de iniciar la tradición de los lapidarios cristianos, haga uso de la tradición bíblica y judía, que se entremezcla con la tradición más científica griega.

LA DESCRIPCIÓN DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS. INTERÉS EXEGÉTICO

Según precisamos más arriba, el escrito está dirigido al obispo Diodoro, que le ha pedido al autor que le hablara de las piedras que llevaba Aarón, sus denominaciones, los colores, las formas, la función de estas piedras en los actos religiosos, la tribu que representa cada una de ellas en la vestimenta de Aarón, y su procedencia y patria. A continuación se exponen las cuatro filas de piedras del pectoral: la primera fila, con el sardio, sardónice o cornalina babilonia, topacio y esmeralda; la segunda, con el carbunclo o rubí, zafiro y jaspe; la tercera, con el ligyrio o ámbar, ágata y amatista; y la cuarta, con el crisolito, berilo y ónix u ónice²⁹. Dado el estado fragmentario de la versión de Pedro de Valencia se hace necesario presentar aquí una descripción de las piedras parafraseando el texto original: El sardio, sarda o sardónice³⁰ babilonio, *σάρδιος ὁ Βαβυλώνιος* (Sardius Babylonius)³¹, es brillante, del color del fuego y la sangre, se produce en Babilonia de los asirios; cura los tumores y las heridas producidas por el hierro; otro tipo de sardio es malva y sirve para curar los tumores de grasa³²; tiene más resistencia al principio de la primavera, cuando empieza la Pascua.

²⁸ No hay que pasar por alto tampoco obras, como las de Nicandro de Colofón, *Teríacas* y *Alexifármacas*, en las que los datos farmacológicos para la curación de mordeduras de animales venenosos se mezclan con las más supersticiosas fórmulas.

²⁹ Esta distribución de piedras preciosas no coincide con la expuesta en Flavio Josefo, *Bell. V* 234, ni con *Ant. III* 168, ni con la de *Éxodo* 28, 17-20. En cambio, la serie es idéntica en la *Septuaginta*. No obstante hay que tener en cuenta que la identificación de algunas de estas piedras es insegura. Otras referencias bíblicas a estas piedras preciosas puede verse en *Éxodo* 28, 15; 39, 10-13; *Ezequiel* 28, 13, y *Apocalipsis* 21, 18.

³⁰ El sardónice es más bien una mezcla de sardio y ónix; cfr. Isidoro, *Etym.* XVI 8, 2-4.

³¹ Sobre los tipos de sardónice cfr. Plinio, *HN* XXXVII 85-90; sobre la sarda y sus parecidos con el sardónice cornalina cfr. XXXVII 105-106.

³² Para Plutarco, *De fluviis* XX 4, el sardónice es un buen remedio para la ambliopía.

El topacio, *τοπάζιον* (*Topazius*), es de color más rojo que el carbunco (ántrax)³³, se produce en Topaza, ciudad de la India; sus descubridores, que la encontraron en el interior de otra piedra, se la entregaron a los tebanos³⁴, pues para ellos tenía poco valor, al ser parecida al alabastro; éstos se la regalaron a su reina que se la colocó en la cabeza; tiene un uso médico, su jugo del color de la leche es bueno para los ojos y, bebido, es beneficioso para los hidrópicos.

La esmeralda, *σμάραγδος* (*Smaragdus*), de color verde; también se llama “prásina” (*παράσινος*)³⁵ sirve para mirarse el rostro en ella, como en un espejo, y para predecir el futuro.

El rubí o carbunco³⁶, *ἄνθραξ* (*Carbunculus*), de color “rúnico” (*ξυφοίνικον*), es decir, color del fuego; se produce en Cartago, en Libia³⁷; por el día no se ve, pero sí por la noche por su brillo; se parece a la gema ceraunia³⁸, también llamada “de color rojo oscuro como el vino”, y a la piedra carchedonia³⁹.

El zafiro *σάπφειρος* (*Sapphirus*), de color púrpura oscura⁴⁰; de aspecto regio, pues está salpicada de puntos de oro⁴¹; es muy preciada; se da en la India y en Etiopía; los reyes lo utilizan en los adornos y collares; en medicina, triturada con leche, cura las pústulas blancas y los tumores.

El jaspé, *ἵασπις* (*Jaspis*), es de color verde, como la esmeralda⁴², pero más oscura, aunque hay diversos tipos y tonalidades⁴³; se da en las riberas del Termódonte y en los alrededores de Amatunte en Chipre⁴⁴, también en las cuevas del monte Ida en Frigia, entre los iberos y los pastores de Hircania en tierra caspia; los mitólogos dicen que asusta a las fieras y espanta a los fantasmas⁴⁵.

³³ El topacio es verde y se produce en Arabia, según Plinio, *HN* XXXVII 107.

³⁴ En Plinio, *HN* XXXVII 109 Alabastro es una ciudad de la Tebaida donde se pueden encontrar topacios.

³⁵ Puede relacionarse con el “prasio”, de color verde puerro intenso; cfr. Plinio, *HN* XXXVII 113.

³⁶ En gemología es más familiar el término “rubí”, aunque etimológicamente es más correcto el “carbunco”.

³⁷ Teofrasto, *Lap.* 8 y Plinio, *HN* XXXVII 92.

³⁸ “Piedra del rayo”, una de las variedades también es roja; Plinio, *HN* XXXVII 134.

³⁹ Charchedonius carbunclus, una especie de rubí, en Plinio, *HN* XXXVII 92.

⁴⁰ Realmente la tonalidad del zafiro es azul (“lapislázuli”), rara vez de color púrpura; Plinio, *HN* XXXVII 51 y 120.

⁴¹ Teofrasto, *Lap.* 23.

⁴² Ps.Dioscórides, *Lap.* V 142.

⁴³ Cfr. Teofrasto, *Lap.* 24-27 y Plinio, *HN* XXXVII 115-120.

⁴⁴ Teofrasto 35. La versión latina antigua precisa que no se trata de la Amatunte de Chipre, sino de Palestina.

⁴⁵ Dice al respecto Isidoro, *Etym.* XVI 7, 8: *Volunt autem quidam iaspidem gemmam et gratiae et tutelae esse gestantibus, quod credere non fidei, sed superstitionis est.* Cfr. Jerónimo, *Comm.* in *Isaiam* XV 54.

Ligyrio o lyncurio (λιγύριον, λυγκούριον): de esta piedra no tenemos datos ni en los fisiólogos ni en los antiguos que se han ocupado de estos temas⁴⁶. Para Teofrasto parece tratarse del ámbar de Luguria⁴⁷. San Epifanio comenta lo siguiente: las Escrituras cambian los nombres, como ocurre también con la esmeralda verde. Tampoco se acordaron del jacinto, que es una piedra hermosa y conocida por todos. Tal vez se llame con el nombre de ligurio al jacinto. El jacinto tiene diversas formas. Se parece a la lana y tiene el color de la púrpura algunas veces. Por ello la Sagrada Escritura dice que las vestiduras de los sacerdotes están adornadas con jacinto y púrpura. A continuación habla de cinco piedras: θαλασσίτης, ροδινός, νάτιδος, χαννιαίος, περιλεύκιος. Estas piedras se encuentran en el interior de Escitia. Además de ser hermosas tienen un poder: en el fuego, con el carbón, no arden, incluso si se las arroja envueltas en un paño, éste tampoco arde. Esta piedra es muy beneficiosa para las mujeres parturientas y sirve para ahuyentar a los fantasmas.

El ágata, ἀχάτης (*Achates*), se cree que es la llamada *perileucos*, περιλεύκος, que se encuentra debajo de la piedra llamada jacinto; es de color azul con una cubierta blanca por fuera como de mármol o marfil⁴⁸; se halla en los alrededores de Escitia; hay un tipo de ágata que tiene el color del león; en medicina, triturada con agua y vertiéndola sobre la mordedura de un animal, cura del veneno del escorpión⁴⁹, de la víbora y de otros animales de este tipo⁵⁰.

La amatista, ἀμέθυστος (*Amethystus*), en el medio es blanca y en el contorno tiene el color del fuego o del vino⁵¹; su forma es diversa; es muy parecida al jacinto puro⁵²; se da en los montes y en la orilla del mar de Libia⁵³.

El crisolito, χρυσόλιθος (*Chrysolithus*), que algunos llaman crisólifo, es del color del oro⁵⁴; se encuentra en el pozo de dos rocas junto a la muralla de la Babilonia aqueménida; también existe la *crisopastos*, que triturada y bebida cura el estómago y los intestinos.

⁴⁶ En el epítome de Anastasio Sinaíta, *Quaestio* XL, aparece el jacinto en lugar de esta piedra.

⁴⁷ 28-32; cfr. también Plinio, *HN* XXXVII 34.

⁴⁸ En Plinio, XXXVII 180 la gema “perileucos” (“blanca alrededor”) es aquella que tiene una línea blanca que desciende en espiral desde los bordes de la gema hasta la base.

⁴⁹ Plinio, *HN* XXXVII 142, aunque se atribuye esta afirmación a los magos.

⁵⁰ En el *Fisiólogo*, 22, se incluye esta piedra, aunque sólo se hace referencia al uso que de ella hacen los pescadores para obtener perlas en mar. En 23, “De la piedra sóstoros y la perla”, se dice que el ágata simboliza a San Juan, que muestra la perla espiritual, es decir, a Nuestro Señor Jesucristo (*Juan* 1, 29).

⁵¹ Teofrasto, *Lap.* 31, Plinio, *HN* XXXVII 121.

⁵² Plinio, *HN* XXXVII 125.

⁵³ Este lugar no aparece en la lista citada por Plinio, *HN* XXXVII 121-123.

⁵⁴ Plinio, *HN* XXXVII 126.

El berilo, βηρύλλιον (*Beryllus*), es blanco, del color del mar y del jacinto⁵⁵; se produce cerca del monte Tauro; si se mira con el sol detrás parece que tiene dentro un cristal; hay otro tipo de berilo similar a las pupilas de los ojos de la serpiente; y otro que se parece a la cera, y se da en los alrededores del nacimiento del río Éufrates.

El ónix u ónice, ὄνυχιον (*Onychium*), es de color amarillo, aunque también lo hay del color de la sangre⁵⁶; con esta piedra se deleitan las esposas de los reyes y los hombres ricos, que adornan con ellas sus copas; otro tipo es del color de la cera y de la miel; se parece y se confunde con el mármol a causa de la pureza de su blancura.

Tras esta serie de doce piedras se añade una décimo tercera, el diamante⁵⁷, que el sumo sacerdote llevaba sólo tres veces al año, en Pascua, en Pentecostés y en los Tabernáculos⁵⁸. En este caso el texto especifica de nuevo la indumentaria del sumo sacerdote y la colocación del diamante. A la derecha y a la izquierda de sus tetillas colgaban dos esmeraldas. En medio de ellas el diamante⁵⁹, del color del aire⁶⁰, y sobre los hombros las doce gemas mencionadas antes. Así aparecía el sumo sacerdote tres veces al año ante el pueblo con una lámina de oro. La piedra se volvía negra si estaban en pecado y no seguían los preceptos de Dios. Y se volvía de color de la sangre, cuando los enviaban a luchar con la espada. En cambio, si la piedra se mostraba blanca como la nieve, ello quería decir que el pueblo no estaba en pecado. Y se celebraba una fiesta por ello. En tiempos de Zacarías, el padre de Juan, en Pascua, cuando le correspondía oficiar el culto, la piedra se volvió brillante y entonces empezó a desempeñar el cargo de sacerdote. En una ocasión en que Zacarías se retrasaba en la realización de los sacrificios en el interior del Templo, el pueblo estaba angustiado por si la piedra les había reprendido por su pecado. Pero cuando salió y se enteraron de que había tenido la visión de una gran gloria, se alegraron mucho, pues iba a nacer Juan, el mensajero de Cristo.

⁵⁵ Realmente se trata de diferentes tipos de berilo; cfr. Plinio, *HN* XXXVII 76-80.

⁵⁶ Plinio, *HN* XXXVII 91-91.

⁵⁷ Teofrasto, *Lap.* 18, lo menciona en relación con el ántrax. En el *Fisiólogo* se habla en dos ocasiones de esta gema, 24 y 47, destacando el hecho de que se halla en las regiones de Oriente, que nada puede domarla, ni el hierro, como el Señor, que juzga a todos pero no es juzgado por nadie, que ahuyenta al diablo y con ella se puede vencer a todo hombre y animal, como ocurre con el Señor. Sobre la simbología del diamante en los textos cristianos véase el comentario de F. Sbordone, *Physiologus*, Milano 1936 (reimpr. Hildesheim-New York 1991), pp. 104-105.

⁵⁸ Foggini no cree que este fragmento pertenezca a San Epifanio, pues no figura en la versión latina. Por otra parte, esta piedra preciosa no se cita ni en la Biblia ni en Flavio Josefo.

⁵⁹ Para Plinio, XXXVII 55, el diamante es entre los bienes del hombre, y no sólo entre las piedras preciosas, el máspreciado, patrimonio exclusivo durante tiempo de algunos reyes.

⁶⁰ Color del hierro y el brillo del cristal; Isidoro, *Etym.* XVI 13, 2-3.

La estructura de este texto sobre el diamante es muy diferente a las anteriores descripciones de las doce piedras. Se añaden, además, citas bíblicas textuales que en absoluto aparecen en la recensión anterior: *Jeremías* 15, 1-2, *Nahum* 2, 1-12, y *Lucas* 1, 21-22. Más bien se trata de un texto complementario de los anteriores, pues especifica de nuevo claramente la vestimenta del sumo sacerdote, el lugar de las piedras, la asignación a las tribus, etc., repitiendo en casos contenidos de la redacción precedente. Es un texto aparte no sólo por estas razones, sino por el hecho de que se dedica casi exclusivamente a una piedra, que rompe el número mágico y simbólico de doce.

El texto griego finaliza con la enumeración de las doce tribus de Israel y la asignación de las correspondientes piedras a cada una de ellas, mencionando los hijos de Jacob con sus respectivas madres.

Por tanto, la sección más importante, más extensa y la que da nombre al escrito es la referida a las doce piedras. A pesar de la brevedad del epítome griego los conocimientos de San Epifanio sobre cada una de las piedras preciosas son muy completos. Los aspectos recogidos son similares en todas las gemas y presentan el siguiente esquema: nombre de la piedra, precisando en casos otros nombres por los que también se las conoce; su forma, aspecto, color, el parecido con otras piedras e incluso se dan indicaciones de cómo encontrar y distinguir la piedra; su lugar de procedencia; las propiedades médicas y veterinarias; variantes locales y subtipos de piedras; se recogen usos y tradiciones en relación con las piedras en diferentes pueblos y en personajes famosos, así como mitos donde aparecen piedras. La tradición judía está, lógicamente, presente. En la descripción de la esmeralda, por ejemplo, se señalan varios tipos: una de ellas se produce en Judea y otra en Etiopía. En concreto se originan en el río Pisón, llamado por los griegos Indo y por los bárbaros Ganges. Allí se produce el carbuncló y el prasio⁶¹. Esta afirmación se atribuye a Moisés en la versión latina, por referencia a *Génesis* 2, 12 en la descripción del paraíso: “allí se da también el bedelio y la piedra de sóham (ónice)”. En el final de la descripción del zafiro se indica: “Está escrito en la ley que la visión que se le apareció en el monte a Moisés y la ley que se le dio se dice que estaba hecha de la piedra del zafiro”. En *Éxodo* 24, 10 se dice que en la ratificación de la alianza Moisés, Aarón, Nadab, Abihú y setenta de los ancianos de Israel contemplaron a Dios y bajo sus pies había como un pavimento de baldosa de zafiro y semejante en claridad al mismo cielo”.

Junto al elemento judío no se olvida la tradición mitográfica griega, en la que las piedras pueden tener también su protagonismo. Por ejemplo en el zafiro se añade: “en la India dicen que hay un templo de Dioniso que tiene trescientos

⁶¹ Plinio, *HN* XXXVII 113.

sesenta y cinco escalones de piedra de zafiro, aunque para la mayoría esto es increíble.”

También se insertan referencias a personajes de la historia y su relación con determinadas piedras. Tal es el caso de Nerón y la esmeralda. Dicen que a esta piedra se la llama neroniana o domiciano, porque Nerón o Domiciano en numerosos utensilios echaba aceite de oliva y a causa de la herrumbre el aceite se volvía verde claro y empapando la piedra con ello se volvía más floreciente en su aspecto. Otros dicen que Nerón era un artesano y que al trabajar las piedras encontró lo más destacado de la esmeralda, y por ello se llama neroniano, aunque otros la denominan domiciano⁶². Unas y otras son esmeraldas, la primera se da en Judea, y es muy parecida al neroniano, y la otra en Etiopía.

Finalmente hay que tener en cuenta en esta línea su relación con el *Fisiólogo*, según comentamos al principio de este trabajo. La descripción de las pocas piedras que aparecen en el *Fisiólogo* difiere bastante de la que se observa en el *Lapidario* de San Epifanio. En la ágata y margarita (44), la piedra sóstoros (*óstreos*) y la perla (44 b, 44 c), el diamante (32, 32bis, 42), la piedra índica (46, App. 11), el imán (38), la piedra fecunda (*eutokios*, 19, y 7) y las piedras lanzadoras de fuego (*πυροβόλοι* 37, 37bis) es muy reducida la descripción de las cualidades de las piedras, a diferencia de lo que ocurría en el *Lapidario*. Más bien se cuentan anécdotas sobre ellas. Tampoco faltan comentarios alegóricos, como el de la perla espiritual, citando a Juan 1, 29, y la comparación de su búsqueda en el mar con la búsqueda del Señor. En el caso del diamante esta piedra es identificada con el Señor, de modo que si alguien la posee no sufrirá ningún mal. Se recuerda su valor como talismán, para ahuyentar el mal y luchar victorioso contra todo y todos. No obstante, en el capítulo 42 se indica la procedencia de la piedra, su brillo y su etimología, “doma todo y a ella nada puede domarla”. También compara la fuerza del imán, que atrae al hierro, con la fuerza del hacedor de todas las cosas. En el caso de la piedra índica el autor se detiene en las cualidades médicas para los hidrópicos, para finalmente decir que esta piedra es Cristo y metafóricamente nos libra de la hinchazón del diablo.

El interés de Pedro de Valencia por estas cuestiones naturalísticas hay que entenderlo desde la óptica de la mentalidad cristiana, donde tanto el mundo histórico como el natural dependen de Dios, la *θεωρία φυσική*. Las plantas, las flores, los árboles, los animales, las piedras, las montañas, los planetas, etc. y, en general, toda la naturaleza son un camino para acceder a Dios. Por su parte, el interés concreto del humanista por el *Lapidario* de San Epifanio de Chipre supera el de la simple mineralogía y alcanza el de la exégesis bíblica. Toda esta tradición literaria,

⁶² Nerón recibía también este nombre por su padre Domicio; Suetonio, *Nero* I-V.

en la que se mezclan conocimientos medicinales y creencias mágicas y religiosas, es deudora de Oriente y, en especial, de los autores griegos y romanos, sobre todo de Plinio. Los epítomes de San Epifanio, junto con otros resúmenes de este tipo, tienen el mérito de servir de transmisores de la mineralogía antigua a lo largo de toda la Edad Media⁶³ y el Renacimiento a través de autores, como puede ser Solino y su *Collectanea rerum memorabilium*, las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla, Avicena, Alberto Magno, Marbodo, Ildegarda de Bingen, Ildefonso de Toledo, Alfonso X el Sabio, Bartolomé Anglico, Vicente de Beauvois, Tomás de Cantimpré, Juan Gil de Zamora, Francisco Stabili, Jorge Agrícola, Gaspar de Morales o el testimonio de Pedro de Valencia que acabamos de estudiar.

⁶³ El libro XVI de *Etimologías* está dedicado a la Mineralogía, los metales, pesos y medidas. La fuente más probable es la *Historia natural* de Plinio, pero no en su versión completa, sino a través de algún resumen que era considerado ya como un manual de mineralogía o botánica; cfr. F.Brunhölzl, *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters*, I, München 1975, p. 78.